



El surgimiento de la antropología social

Moisés Sáenz

Julio César Olivé N.*

1. El hombre

Nació en 1888, hace cien años, en la localidad del Mezquital, aledaña a la ciudad industrial de Monterrey. Hizo allí sus primeros estudios, de manera que en realidad no pertenecía al ambiente rural, que tanto le interesó. Estudió preparatoria en la Escuela Presbiteriana de Coyoacan, Distrito Federal, donde adquirió la religión protestante, lo cual influiría en sus concepciones ideológicas. Inclinado hacia el magisterio, ingresó en la escuela normal en Jalapa, donde se conserva-

ba la tradición de Rebsamen y Laubschter, orientada hacia la acción y el desarrollo pleno del individuo, dentro de la corriente anarquista y en consecuencia opuesta a las formas autoritarias. Completó su preparación superior en los Estados Unidos, en las universidades de Jefferson y Washington, doctorándose en ciencias naturales y posteriormente llevó sus preocupaciones a la filosofía de las ciencias sociales, en especial a la pedagogía y a la sociología.

Estos últimos estudios los realizó en la Universidad de Columbia, Nueva York y fue alumno del fundador de la Escuela Acción, John Dewey. También estudió en la Sorbona, en Francia.

De regreso a México, en lo álgido de la lucha

armada, comenzó su carrera pedagógica en 1915, como director de educación en Guanajuato y luego en el Distrito Federal, donde fue director de la Escuela Nacional Preparatoria y también director de Educación en el Distrito Federal, en una época en la que la Secretaría de Educación Pública, apenas restablecida en 1921, compartía sus facultades con las autoridades estatales y municipales, ya que el proceso de federalización educativa corresponde a la época de los treinta.

Dirigió el Departamento de Intercambio y la Escuela de Verano de la Universidad Nacional, seguramente por sus relaciones y estudios en el vecino país del norte, desempeñando actividades en las que el gobierno tenía mucho interés, para dar a conocer la verdad de la Revolución Mexicana, de su ideología y de sus proyectos educativos y para combatir la negra imagen que se había formado en el extranjero en torno a nuestras luchas sociales y a las orientaciones gubernamentales, calificadas de bolcheviques.

Hacia 1925, durante el gobierno de Calles, desempeñó el puesto de oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública, en la cual era subsecretario otro antropólogo, el fundador de nuestras instituciones de esta naturaleza, don Manuel Gamio.

No está por demás recordar que Gamio había fundado la Dirección de Antropología, en la Secretaría de Agricultura y Fomento, en la época del gobierno carrancista y con el apoyo de Pastor Rouaix, ministro de ese ramo. También debe recordarse que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, de la administración pública porfirista fue suprimida en 1915, cuando Sáenz comenzaba sus actividades, por un decreto que emitió el primer jefe constitucionalista, don Venustiano Carranza, y que el Constituyente de 1917 ratificó. Ese órgano fue eliminado por su carácter elitista; también estuvo vinculado al grupo de los científicos, y no fue sino hasta 1921, bajo la presidencia de Alvaro Obregón, del grupo de generales sonorenses, que se restableció con su actual nombre de Secretaría de Educación Pública y con muy diferentes orientaciones, abierta hacia las masas. El escritor y filósofo José Vasconcelos se hizo cargo de esta secretaría, pero sus discrepancias en materia de educación rural e indígena lo llevaron a renunciar y finalmente emprendió una lucha política contra Obregón y Calles, que después fue aprovechada por los grupos conservadores, en tanto que numerosos estudiantes

se afiliaron a la corriente filosófica iberoamericanista de Vasconcelos y a su ideario democrático.

2. La época

La década de los veinte corresponde a la institucionalización de los principios sociales y económicos de la Revolución, preocupada en primer término por satisfacer las demandas de los campesinos a través de la reforma agraria que realizaría el fraccionamiento de los latifundios, la devolución y/o restitución de tierras a las comunidades que las hubieran perdido o que carecieran de ellas y el fomento de la pequeña propiedad rural. El ejido se constituyó para dar forma y sustancia al reparto de la tierra, siguiendo un modelo inspirado en el *calpulli* prehispánico, de acuerdo con las ideas de otro destacado antropólogo precursor y protagonista de la Revolución, don Andrés Molina Enriquez, pero también siguiendo la tradición española que consideraba comunales los bosques y pastos de las aldeas.

Dentro de la población campesina, la indígena formaba un núcleo de gran importancia con características muy específicas. Para esa época representaban cerca de una cuarta parte de la población total, y la cuestión del monolingüismo tenía un peso mucho mayor que en la actualidad, el cual, junto con la falta de vías de comunicación y con el apartamiento de los grupos indígenas, configuraba el reto principal a vencer. Según todos los observadores de la época, la absoluta incomunicación



FOTO: Elsa Escamilla

física y espiritual dividía el territorio del país en dos grupos separados: el mexicano, que ya tenía una tradición que se remontaba cuando menos al siglo XVIII, cuando brotaron los primeros frutos de un sentimiento nacional entre la población criolla, cuyo mejor ejemplo es Clavijero, y los indígenas en diferentes grados de desarrollo, sin relación entre sí y desarticulados de la nación. Como parte de la reforma agraria se imponía un esfuerzo especial de capacitación y movilización de las masas rurales, ya que, obviamente, no era suficiente el reparto de tierras para resolver su problema económico, sino que se requerían formas y recursos para obtener provecho de esa tierra.

Tres formas revestía la propiedad agraria que se estaba estructurando: 1) el ejido, con propiedad colectiva y posesión individual de parcelas. Para este fin se necesitaba dotar de personalidad jurídica a los ejidos, lo cual se efectuó utilizando la figura del comisariado ejidal; 2) la propiamente comunitaria, específica de los grupos indígenas, cuya personalidad había sido destruida por las leyes liberales del siglo XIX y, 3) la pequeña propiedad, que un grupo de intelectuales, todavía bajo la influencia de la ideología de la revolución francesa, consideraban la mejor solución, porque crearía una clase media campesina, próspera y consistente, que fuera un factor de equilibrio social.

En general, este último grupo veía a los indígenas como un lastre, que debía ser eliminado por medio de la inmigración de población blanca, a la que debería darse toda clase de facilidades para establecerse. En el fondo, ésta era la forma de pensar de los intelectuales más avanzados del porfirismo, quienes concretaban la acción del Estado, en relación con los grupos indígenas, a la asistencia y cuando mucho a la instrucción rudimentaria más elemental. En forma semejante se pensaba respecto del campesino en general.

En el tránsito del porfirismo a la Revolución, se agruparon dentro del Ateneo de la Juventud, intelectuales que iban a desarrollar diferentes tendencias en el transcurso del movimiento y después de éste. Antonio Caso, uno de los más brillantes dirigentes, empezó a desarrollar un cristianismo social que acercara la educación al pueblo, sin mayores transformaciones en lo económico y lo social. Este filósofo proporcionó las bases que luego sirvieron a Manuel Gómez Morín para fundar el Partido Acción Nacional. Otro grupo de intelectuales entró en

forma directa a la lucha revolucionaria o se vinculó con el movimiento obrero y con el campesino, como fue el caso de Vicente Lombardo Toledano, quien perteneció a los fundadores del Partido de la Revolución Mexicana durante la época cardenista, y en la de Alemán presidió la formación del Partido Popular.

A principios de los veinte, José Vasconcelos cubrió toda una época. Por este tiempo se estableció el predominio de la llamada Dinastía de Sonora: un grupo de generales jóvenes, a cuyo frente estaba Alvaro Obregón, secundado por Plutarco Elías Calles. Este último era maestro de profesión. Dentro del grupo estaba también don Adolfo de la Huerta, quien finalmente discrepó en la política seguida para obtener el reconocimiento de los Estados Unidos, sobre la base de las conferencias de Bucareli, que garantizó a los norteamericanos la continuación de las concesiones petroleras anteriores a 1917, no obstante la nacionalización del subsuelo, establecida en el Artículo 27, mediante el artificio de que éste no debería aplicarse retroactivamente. También se establecieron las bases para el pago de las reclamaciones de los ciudadanos norteamericanos afectados por la reforma agraria. De la Huerta presidía el Partido Cooperatista, que se oponía a esos tratados y pretendía solucionar los grandes problemas económicos del país, bajo los principios del cooperativismo. Fue finalmente vencido por Obregón y Calles, quienes se apoyaron en la organización obrera, constituyendo el Partido Laborista Mexicano, que desde ese momento fue el sostén de los gobiernos.

Obregón restableció, con su nuevo nombre, la Secretaría de Educación Pública, bajo nuevas concepciones que se orientaban a satisfacer la demanda de educación popular, desde sus niveles más bajos. Colaboró con él José Vasconcelos, quien se encargó del ministerio. Vasconcelos tenía una ideología idealista y tendencias utópicas. Coincidió con la mayor parte de los intelectuales revolucionarios en pensar que México se caracterizaba por sus grandes contrastes y por la coexistencia de grupos en muy diferentes niveles de desarrollo social, que cubría desde el rango de la civilización de las antiguas culturas azteca y maya, hasta grupos nómadas de organización y economía simples. Dentro de estas condiciones históricas, que provenían de la forma en que se desarrolló la colonia española y aun desde antes, ya que en los tiempos prehispánicos aparecían

también pueblos conquistadores y pueblos conquistados, lo importante era el proceso del mestizaje, visto como imposición por las condiciones en que se realizó la dominación española, y como fruto de la política seguida por la monarquía hispana. Así se tendía, históricamente, a la homogeneización, no sólo biológica, sino principalmente cultural. Iberoamérica era una comunidad espiritual en la que los países de elevada composición indígena tenían bases semejantes y estaban ligados hacia el futuro. Si los primeros representantes de las nacionalidades latinoamericanas habían sido los criollos, el constante proceso de fusión había abierto el porvenir al mestizo, que ya era el elemento dominante, pero sobre una base cultural de raíz ibero-india o indolatina.

Consecuente con este modo de pensar, Vasconcelos rechazaba la idea de que se crearan escuelas y normas especiales dedicadas a la cuestión indígena. Sostenía que este último sistema era propio de los Estados Unidos, donde la población blanca era homogénea y había extendido una cultura nacional, dejando a los indios en las reservaciones y discriminando a los negros. México no debería establecer una educación indigenista, que era contraria al proceso de fusión cultural y contradecía la política tradicional, aplicada desde la época de la corona española. Con el tiempo este proceso culminaría, y el triunfo de la civilización indolatina o iberoamericana, según quiera llamársele, se haría patente.

El grupo beligerante, con las responsabilidades de resolver la problemática nacional, no compartía este punto de vista y planteaba la necesidad de lo que entonces se llamaba la incorporación del indio a la civilización. También tenía un gran interés en la educación rural, que se acentuó cuando Calles —quien, recordaremos, era maestro—, sucedió en la Presidencia de la República a Obregón.

Ya desde antes las discrepancias ideológicas sobre la educación y otros problemas habían fracturado las relaciones entre Obregón y Vasconcelos. Este organizó la Secretaría de Educación Pública, con sólo tres departamentos: el escolar, el de bibliotecas y el de bellas artes, a los que dio gran impulso. Fue la época en que se imprimieron los clásicos de la literatura y se repartieron intensivamente a una población en su gran mayoría analfabeta, y se multiplicaron las bibliotecas. . . para un pueblo que no sabía leer.

Obregón dio instrucciones precisas para que se

incluyera en el proyecto discutido por la Cámara de Diputados un departamento relativo a la cultura rural e indígena y otro para que combatiese el analfabetismo. La Cámara aprobó esta reforma que contribuyó seriamente al distanciamiento de Vasconcelos con Obregón, porque contradecía las ideas filosóficas y románticas del primero, mientras que el Presidente aplicaba una política pragmática para satisfacer una demanda popular incontenible. Aquí, como en el problema obrero, el Estado no puede seguir un principio de falsa neutralidad, con el pretexto de que al hacerlo adopta una conducta paternalista que discrimina al protegido. En la realidad social si no se equilibra la inferioridad de condiciones —no de capacidades, entiéndase bien—, de los explotados, sobre todo cuando lo han sido tradicionalmente y carecen de estructuras de defensa, se sigue una línea política que favorece los intereses creados de los grupos dominadores. La discriminación no existe en esas condiciones, aun cuando haya analogía en las instituciones estatales que se diseñan para combatirla.

Creo que es conveniente para el juicio histórico rectificar así afirmaciones que a menudo se escriben sin mayor conocimiento de los hechos o cuando menos sin un análisis acertado de los mismos, como aquella que atribuye a Vasconcelos el mérito de la escuela rural y de la educación indigenista, por el hecho de que éstas surgieron cuando era Ministro de Educación, lo que fue cierto, pero a su pesar.

Sabemos que Calles dió un gran impulso a la educación rural, que propició la creación de escuelas rurales normales en diversas regiones de la República para formar el personal que debería abrir las escuelas que la Revolución estaba creando y alentó, posteriormente, el extraordinario movimiento de las misiones culturales que inicialmente pretendían mejorar la preparación del magisterio en constantes viajes de visita e inspección a las escuelas rurales, y que se convertirían en promotoras del interés comunitario, despertando a la población adulta para el planteamiento de sus problemas y para el encuentro de soluciones prácticas e inmediatas: la agricultura, los oficios domésticos, las artesanías, el agua, la salubridad, todo ello se articuló en torno a la educación, pero no de los niños, sino de los adultos.

Es en este momento que ingresa Sáenz a la Secretaría de Educación Pública, con una preparación adecuada, una probada experiencia y una gran inquietud para realizar la reforma educativa, basada

en los principios de la escuela-acción que había aprendido con Dewey, y que podía aplicar extensivamente, con todo el apoyo oficial, a lo ancho y a lo largo del territorio de México.

3. La antropología social

Así, siendo ya oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública y secretario del ramo Puig Casauranc, Sáenz apoyó con entusiasmo el programa de escuelas y de misiones rurales. Era subsecretario de Educación Pública otro gran antropólogo, el verdadero precursor en nuestro país de las aplicaciones de esta ciencia: Manuel Gamio, quien en 1915 propuso un programa continental para el establecimiento de direcciones de antropología que estudiaran científicamente a las poblaciones y sus grandes problemas e idearan soluciones, aplicándolas. Durante la supresión de la Secretaría de Educación Pública pudo aplicar este programa en la Secretaría de Fomento, donde creó la Dirección de Antropología, gracias al apoyo del ministro de esta dependencia, el Ing. Pastor Rouaix. En 1925, al pasar a la Secretaría de Educación Pública como subsecretario, Gamio incorporó a ella la Dirección de Antropología. Cuando rompió con el ministro y finalmente con Calles por cuestiones de honestidad administrativa, la Dirección de Antropología se convirtió en Dirección de Arqueología y el maestro Moisés Sáenz ocupó la subsecretaría, dando mayor impulso a la educación rural y a la indigenista, en las cuales concentró las acciones de transformación del campo, que para él eran básicas para poder integrar al México moderno y lograr una nación homogénea, lo que con diversas variantes ha sido la aspiración de los gobernantes y de la mayor parte de los educadores y de los científicos sociales.

Sáenz viajó incansablemente por toda la República visitando las escuelas rurales, observando su acción, su esfera de influencia, sus requerimientos de personal y de medios económicos. Alentó también los programas de mejoras sobre la marcha de esos establecimientos, meditó largamente sobre sus perspectivas en relación de la amplitud de sus fines y se dio cuenta de la cabal existencia de un problema indígena, que constituía el principal reto de la educación y del desarrollo del país.

Tenía preparación pedagógica, filosófica y sociológica, como hemos visto, y era hombre de acción,

pragmático, que buscaba soluciones a corto plazo, pero basadas en un análisis directo y objetivo de la realidad social. De cualquier manera su orientación lo llevaba a destacar la importancia de la educación como factor para resolver el problema de la población campesina e indígena, al igual que el de la población urbana, pero con metodologías diferentes, arrancadas de las distintas condiciones del trabajo profesional.

Al final de su carrera como funcionario de educación, a principios de los treinta, entró en pugna con el nuevo ministro de Educación Pública, Narciso Bassols, representante de las ideas marxistas, quien ya prefiguraba los avances del movimiento socialista que llevaría a reformar el Artículo 3o. de la Constitución Política, por acuerdo de la Segunda Convención del Partido Nacional Revolucionario, que adoptó francamente las tesis marxistas y aprobó la candidatura del general Lázaro Cárdenas, quien juró cumplir con el amplio programa de transformación económica y social aprobado por el partido.

Aun antes, las ideas de Bassols chocaban con las de Sáenz, ya que el primero daba preferencia a la acción económica, llevando a su lógica consecuencia la idea de que la educación se situaba en la superestructura, que en definitiva se ajustaba a la base económica. Así, ésta, la base, era la que había que cambiar y donde los maestros debían concentrarse.

Bassols sostenía:

Es necesario declarar con franqueza que las misiones culturales, por sí solas, no están en posibilidad de lograr una transformación profunda de las condiciones de vida del campesino mexicano, ni estarán tampoco en condiciones de hacerlo si permanecieran, en vez de tres meses en cada población, tres años. No se debe pedir a las misiones la realización de fines imposibles, porque con ello lo único que se alcanza es descorazonar a los elementos que las integran y dar nacimiento por contraste, a una crítica que exagerará la ineficacia de una institución que no pudo realizar el milagro. Es necesario reconocer que, como fundamento y punto de partida de una íntima transformación de las condiciones del campesino, se encuentra el factor económico y que sólo en la medida en que las condiciones económicas del campo mejoren, como resultado paralelo, será posible obtener una transformación social provechosa. Claro es que con esto no se afirma la inutilidad de la obra educativa, sino que simplemente se puntualiza el alcance máximo que

puede darse a la acción educadora y se subraya la relación que indudablemente existe entre las costumbres de un pueblo, sus instituciones, sus formas de vida y su economía. Todos ustedes han sentido, de seguro, cómo es imposible sacar a las comunidades indígenas que viven en la miseria, que carecen de tierra para trabajar o que la tienen infecunda, de la mezquindad de sus hábitos, de lo antihigiénico de su alimentación y de los prejuicios oscuros que dominan la conciencia. Y también todos ustedes habrán apreciado como las comunidades campesinas que han recibido con la tierra un sustento económico que les permite desenvolverse, van enriqueciéndose en todos sentidos, y lo mismo cambian sus prejuicios, que mejoran sus alimentos y elevan sus costumbres. En ellas la educación es fecunda y la obra puede alcanzar un nivel igual al que proporciona el desahogo económico, por relativo que sea, introducido con la entrega de la tierra.

En cuanto a la filosofía social que fundamenta estas ideas, Bassols declaraba que se quería educar al campesino incorporándolo a formas y sistemas de vida social que se conocen con exactitud y sólo puede versar la contienda pedagógica, en los métodos más rápidos y eficaces para lograr un claro propósito.

Sáenz ya había concluido que la acción educativa por sí sola era insuficiente para la acción indigenista, porque el problema es complejo y tiene múltiples aspectos, requiriendo en consecuencia de las actividades coordinadas de diferentes órganos gubernamentales y aun de otros privados. Sin embargo,

seguía teniendo gran fe en el trabajo misionero directo, dentro de las comunidades, a cargo de diferentes tipos de especialistas, entre los que deberían figurar científicos sociales y administradores.

Su salida de la Secretaría de Educación Pública fue precedida por un ensayo para poner a prueba sus ideas y encontrar los mejores procedimientos y políticas que permitieran llevar a cabo la finalidad de incorporar al indio a la civilización, con respeto a sus valores culturales, lo que implicaba en otro sentido incorporar la civilización al indio o extender el radio de la civilización a todos los habitantes del país. Integrar a México era en definitiva el propósito, partiendo de las bases reconocidas de la existencia de grandes contrastes, con una gran disparidad social, económica y cultural. En esto difería la situación de México de la de Estados Unidos y por ello deberían planearse acciones encaminadas a borrar esa injusta distribución de oportunidades y de disfrute de la vida.

En medio de todo, Sáenz fue un romántico del campo. Sociólogo rural, participó del rechazo a la civilización mecanizada y a sus valores materiales. Habló de crear el espíritu del campo, en un sentido que permite deducir que lo que le interesaba era hacer atractiva la vida rural, sin destruir sus formas espontáneas que proporcionan tranquilidad, frente a las tensiones y las luchas de la sociedad industrial. No dejó de ser, en el fondo, un individualista a la manera de los anarquistas y, sin embargo, por otra parte también se empeñó en que la escuela fuera un agente socializante para poner en contacto a los campesinos con todos los bienes que los avances de la tecnología y de las comunicaciones ofrecían. Pero siempre es necesario romper el aislamiento, comunicar físicamente, por medio de las carreteras y de los otros medios materiales de enlace con el mundo externo, fuera del ámbito estrecho de la localidad y comunicar también espiritualmente, llevar material de lectura sencilla, periódicos y revistas que informen sobre los hechos actuales, que faciliten tomar un criterio sobre la problemática propia y la nacional. Esta prueba la realizó en 1932, mediante el programa piloto que después de mucho pensarlo, junto con un pequeño y muy selecto equipo de profesionales de la educación, como Guadalupe Nájera, Ana María Reyna, Carlos Basauri, Vesta Sturges y Miguel Othón de Mendizábal, llamó "Estación Experimental de Incorporación del Indio". Para realizarlo, también después de un



FOTO: Virginia Vega

cuidadoso estudio teórico y sobre el terreno, escogió La Cañada de los Once Pueblos, en Michoacán, región relativamente aislada, a donde se podía llegar con alguna facilidad y mantener comunicaciones con el exterior. El clima era bueno, así como las tierras; los principales cultivos eran el trigo y el maíz, pero había excelentes frutales. Siete pueblos del interior conservaban su vestimenta indígena y aun cuando otros tres eran de composición mestiza, la mayoría podía considerarse indígena y la mitad, cuando menos, hablaba el castellano.

Ya instalado y después de vencer las resistencias iniciales que provenían del sector conservador, ligado a los intereses clericales, organizó un centro social y desde él se dedicó a un programa de atracción y educación de la población adulta, rehuyendo los métodos escolares. Se trataba de que aprendieran haciendo y divirtiéndose y que empezaran a cambiar su forma de vida y algunas de sus ideas, al contacto con los nuevos estilos y con los elementos de la civilización occidental. La región estaba dividida entre los agraristas, cuyo jefe ejercía un cacicazgo, y los conservadores, que defendían sus antiguos valores y tradiciones, ligados al pasado. En pleno impulso tuvo que poner fin al experimento, después de seis meses de un extraordinario trabajo, cuando se acentuaron sus conflictos con el ministro Bassols y sobre todo, después de haber perdido la gran ayuda que recibió del general Cárdenas, al dejar éste la gubernatura del estado de Michoacán y ser sustituido por un enemigo de las ideas revolucionarias, el general Serratos, quien se dedicó como principal tarea a tratar de destruir la obra del cardenismo, sin lograr desintegrar al grupo agrarista.

Habiendo salido Sáenz del proyecto, el resto del personal continuó por otros seis meses y el programa terminó a fines de 1932. Sáenz pasó a la diplomacia, fue representante de México ante los gobiernos de Perú y del Ecuador, países en los que continuó sus investigaciones del mundo indígena y sobre las políticas que deberían aplicarse por parte de los gobiernos para solucionar esos problemas. En Perú entró en contacto con destacados indigenistas, entre ellos Mariátegui, de filiación marxista, con el cual mantuvo excelentes relaciones. Fue por esa época que contribuyó a organizar el Primer Congreso Indigenista Interamericano, que estaba proyectado en la agenda de trabajo de la Unión Panamericana

desde 1933, y cuya sede propuesta debió haber sido Lima. Sin embargo, el gobierno peruano aceptó la proposición del gobierno de Cárdenas para que la reunión se celebrase en México, lo que ocurrió en 1940, en la población de Pátzcuaro.

En el congreso, participó una selecta representación mexicana, dentro de la cual estaban nuestros dos grandes indigenistas, Gamio y Sáenz, sin que desmereciera al lado de ellos la figura de Miguel Othón de Mendizábal. También concurrieron Vicente Lombardo Toledano, quien, como parte de sus preocupaciones sociales, tuvo siempre presente la cuestión indígena; Julio de la Fuente, experimentado etnólogo y el licenciado Genaro Vázquez quien afirma haber sido el autor de la proposición para que se celebrase este congreso. Leyendo los documentos relativos se observan las diferentes posiciones de Genaro Vázquez, abogado de extracción indígena y especialista en derecho agrario y del trabajo; de Moisés Sáenz, siempre interesado en la educación indígena ligada a los objetivos de la integración de las nacionalidades de los países latinoamericanos, y los enfoques marxistas, que independientemente de Bassols, sostenían Lombardo Toledano y Miguel Othón de Mendizábal. También se observa la influencia de Manuel Gamio, quien manejaba el problema indígena considerándolo cultural y susceptible de ser resuelto con una acción integral, cuyo objetivo coincidía con el de los otros pioneros del indigenismo americano: en los términos de Gamio, hacer patria; en los de Molina Enriquez, dar hogar al mestizo y al indígena; conforme a Sáenz, integrar a México. Aun Vasconcelos tenía como objetivo fortalecer la nacionalidad mexicana, sobre las bases del mestizaje y sus raíces iberoamericanas.

En el Congreso de Pátzcuaro, de 1940, se llegó a la conclusión de crear un instituto indigenista en cada país americano, quedando así triunfante la tesis de que la cuestión del indio, por su complejidad, debe ser resuelta desde diferentes ángulos, pero en forma coordinada, a través del estudio científico de las poblaciones indias, como medio para proyectar las soluciones.

Todos coincidían en ello y en ese sentido se confundían la antropología cultural de Gamio, la sociología rural de Sáenz (que a partir del ensayo de Carapan tomó el nombre de antropología social), y la antropología económica, cuyos enfoques, sin tomar expresamente este nombre, eran defendidos por Mendizábal.

El congreso creó el Instituto Indigenista Interamericano, con sede en México, que debió organizar sus filiales en todos los países del continente, siguiendo una política igualitaria y de inspiración antropológica. Sáenz resultó electo presidente del congreso, pero no pudo desempeñar el puesto, porque murió en Lima, el 24 de octubre de 1941, y correspondió a Manuel Gamio organizar el instituto y desempeñar hasta su muerte el honroso cargo de director.

Sáenz consideraba al ensayo de Carapan como el divisadero que le permitió contemplar el problema indígena desde el interior, casi como lo mira el nativo, quien ve el otro aspecto del asunto. Para Sáenz el problema mexicano, no debía considerarse como cuestión de conquista ni en forma patriótica, sino como un problema humano y de integración social. Su conclusión bien puede enfrentarse a quienes acusan de etnocida al gobierno mexicano. Para él "socializar al indio no es ni incautarlo, ni exterminarlo; es hacerlo una parte de nosotros. Al socializar al indio, tendremos forzosamente que socializarnos a nosotros mismos y esto quiere decir que siendo buenos mexicanos, aprenderemos también a ser mejores indios"; en conclusión, no se trata de destruir las culturas indígenas ni de imponerles modelos ajenos, sino de que éstas y la misma cultura nacional cambien para ajustarse armoniosamente dentro de una nación que, conservando sus diferentes estilos regionales y étnicos de vida, ofrezca a todos las mismas bases y oportunidades de desarrollo material e intelectual.

Todavía en vida, Sáenz pudo opinar sobre el proyecto del general Cárdenas de crear un organismo especial para el tratamiento de la cuestión indígena. Basándose en el principio de su complejidad y características especiales, tal problema requería de un trato específico, de manera similar a la cuestión obrera, que demandaba la existencia de leyes y tribunales particulares.

Este realismo social ha provocado desde entonces las mismas objeciones que formuló Vasconcelos en el sentido de que implica un trato discriminatorio para el indio y reproduce en ese sentido la política norteamericana. Creo que la cuestión ha quedado ampliamente aclarada en el curso de esta exposición. La tesis neutralista, fundada en la aparente igualdad, no sólo es ilusoria sino que en realidad se suma a los mecanismos de explotación, al dejar frente a frente al poderoso y al débil.

Otra acusación que se levantó contra Sáenz,

también iniciada por Vasconcelos, fue la de sus ligas con los norteamericanos, derivadas de sus estudios, apreciación de la cultura norteamericana y de su religión protestante. Sin embargo, de toda su obra resulta que su obsesión es la integración de México como un país fuerte, que asimile a sus diversos elementos componentes.

Probablemente, su énfasis en el deporte y en la recreación, desinteresándose de la religiosidad de las masas indígenas, sin que por ello combatiera esa religiosidad, originó esa acusación, que en nuestros días ha renacido y se ha incrementado con las campañas realizadas en contra del Instituto Lingüístico de Verano, cuyas actividades de alguna manera se inspiran en las ideas y prácticas de Sáenz.

En mi propio concepto, aun reconociendo la obvia influencia ideológica de algunos pensadores norteamericanos sobre Sáenz y la estimación que éste tenía por lo que podemos llamar el estilo de vida de dicho país, él nunca perdió de vista los objetivos de fortalecer la nacionalidad mexicana y de transformar la vida indígena, con respeto de su propia personalidad y elementos culturales. Si esto es o no posible, constituye una cuestión aparte, que fue precisamente lo que motivó la separación entre Sáenz y Bassols.

A pesar de su brevedad, la obra de Sáenz queda definitivamente incorporada a la antropología de México, y originó las características y el nombre de antropología social que se siguen usando, sin que se desconozca que su antecedente fue Manuel Gamio, sólo que en condiciones diferentes, ya que éste se interesó, principalmente, en los estudios regionales de la población, a través de todas las épocas, con el mismo objetivo de solucionar los problemas, sobre la base de investigaciones científicas.

Puede considerarse que Gamio era más profundo, mientras que Sáenz era propenso a la actividad inmediata. Impaciente por llegar a resultados pedía estudios rápidos para proceder, de inmediato, a aplicar los proyectos. Probablemente por ello, una de sus conclusiones derivadas del análisis de los materiales de Carapan, fue que dentro de los proyectos de antropología social había que dividir al personal en dos principales grupos: el de los científicos interesados en profundizar, a quienes califica de especulativos, y los administradores, de carácter ejecutivo, que debían llevar a cabo las realizaciones. Según los doctores Comas y Aguirre Beltrán, estas experiencias fueron aprovechadas

para la organización del Instituto Nacional Indigenista de México.

Antes de que se constituyera este instituto, funcionó el Departamento de Asuntos Indígenas, que tuvo su auge en la época cardenista y luego entró en decadencia. Contribuyeron a la formación de estos órganos de acción indigenista, tanto Sáenz como Gamio, Mendizábal, Julio de la Fuente, Genaro Vázquez y Lucio Mendieta y Núñez.

Después de la desaparición del Departamento de Asuntos Indígenas se formó el Instituto Nacio-

nal Indigenista, que igualmente conoció un periodo de auge, para después entrar en un proceso de burocratización y de desamparo. A pesar de que sus objetivos y políticas han sido muy cuestionados, la obra de los grandes indigenistas mexicanos, del tipo de Sáenz, es un rico caudal de experiencias que todavía nos proporcionan enseñanzas, las cuales debemos utilizar como base para los cambios en los criterios y en las instituciones, porque es indudable que la cuestión indígena permanece como un reto a pesar del tiempo, al que tenemos que enfrentar.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo
1970 *Antología de Moisés Sáenz*. Ediciones Oasis, S.A., México, D.F.
- Bassols, Narciso
1979 *Obras completas*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Guerrero Francisco, Javier
1975 "Moisés Sáenz, el precursor olvidado", en *Revista Nueva Antropología*, no. 1, México, D.F.
- L. Raby, David
Educación y revolución social en México, (1921-1940). Sep-Setentas, no. 141.
- Mendizábal, Miguel Othón de
1946 *Obras completas*. Tomo IV, México, D.F.
- Olivé Negrete, Julio César
1981 *La antropología mexicana*. Colegio Mexicano de Antropólogos A.C., México, D.F.
- Ramírez, Rafael
1928
a *Historia, orígenes y tendencias de las misiones culturales, éxitos y fracasos, breve análisis de las causas*. SEP, México, D.F.
b *Las escuelas normales rurales regionales como agentes auxiliares de las misiones culturales*. SEP, México, D.F.
- _____ c *Las misiones culturales en 1927*. SEP, México, D.F.
- Sáenz, Moisés
1926 *Some Mexican Problems*, (Lectures on the Harris Foundation 1926). The University of Chicago Press.
- 1928
a "La escuela rural mexicana", en *La antropología social aplicada en México*. Juan Comas (comp.), Instituto Indigenista Interamericano, 1964.
- _____ b *El programa para 1928*. SEP, México, D.F.
- 1970 *Carapan*. Departamento de Promoción Cultural del gobierno de Michoacán, Morelia.
- Vázquez, Genaro
1961 "El movimiento indigenista en México", en *México 50 años de Revolución*. Tomo II, *La vida social*. Fondo de Cultura Económica, 1a. edición, México, D.F.
- Vasconcelos, José
1926 *Aspects of Mexican Civilization*, (Lectures on the Harris Foundation 1926). The University of Chicago Press.
- 1935 *De Robinson a Odiseo*. Aguilar, Madrid.